

Sheila Sevillano y Xabier Luna iniciaron el 28 de abril desde Mutilva un viaje en bicicleta por todos los rincones del mundo con la intención de ayudar y colaborar en iniciativas solidarias que mejoraran las condiciones de vida de sus habitantes. Su intención es recorrer más de 20.000 kilómetros para colaborar en estos proyectos solidarios en Tayikistán, Angola, Camerún, Bolivia y Ucrania.



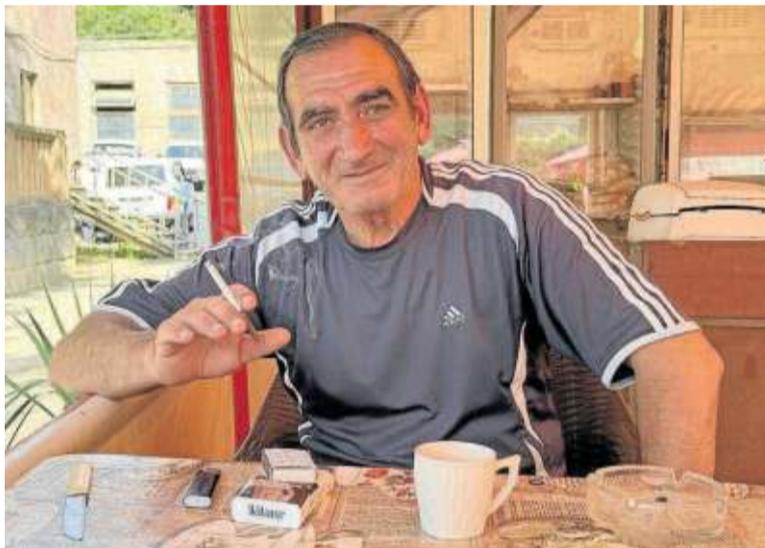
Otoqul, Gulnora, Farangiz y Mahliyo, familia de Kairma, Uzbekistán.



Familia de Tsana, Georgia, que nos acoge.



Restaurante en mitad de la nada en Kazajistán, nos regalan agua.



Bartanak, en Ijevan, Armenia, nos invita a café. Fotos: Xabi Luna

PERSONAJE

● Hay personas que no son capaces de vivir una vida plena aunque tengan miles de años por delante y otras que en tan solo 57 años viven decenas de vidas. Una de ellas es Avicena, quizá uno de los médicos más importantes de todos los tiempos y precursor de la medicina moderna. Nació cerca de Bujara en el año 980 d.c. en el Imperio Samánida. En plena edad de oro del Islam, junto a Bagdad eran los centros culturales del mundo. Además de médico fue filósofo, astrónomo, científico y escribió más de 450 libros que revolucionaron la época. Con 16 años ya ejercía la medicina, y curar al emir de Bujará le abrió las puertas de su biblioteca. Su obra "El canon de medicina" estuvo vigente hasta el siglo XVII donde se quedó obsoleta. Seguro que Avicena era un superdotado adelantado a su época, pero no habría trascendido si no fuera por la enorme biblioteca a la que tuvo acceso en Bujara. Dos reflexiones me surgen, la primera es que pobreza mental tienen aquellos que al invadir destruyen la cultura de otras civilizaciones y no se aprovechan de ella. La segunda, cuantas personas con talento que pueden cambiar el mundo, han muerto por conflictos o no han trascendido por no tener la oportunidad de estudiar.

mo. A las 4:00 de la noche nuestras bolsas salen por la cinta y las bicis esperan en una esquina, estamos todos. Subimos a un taxi compartiendo asientos con el equipaje y las bicis sobresaliendo de un maletero abierto. Aktau es una ciudad con setenta años de antigüedad, fundada por los importantes yacimientos de gas, petróleo y uranio de la zona. Calles anchas, edificios altos, luminosa y bañada por el Caspio donde nos damos un remojón. En ella arreglamos las bicis e iniciamos Los Stanes. Para salir, nos acompañan kilómetros de tuberías y conducciones de gas hacia los puertos de la zona. Nos adentramos en un desierto de rectas interminables y donde las vacas dan paso a camellos que pastan las pocas hierbas que sobreviven al clima. De camino a Shetpe dormimos en una casa en construcción con el ronquido de los camellos de fondo. Para llegar a la estación nos abastecemos bien de agua y de comida, sólo tres pueblos en 170km.

La frontera con Uzbekistán está cerrada por obras y sólo podemos cruzar en tren. Viajar en tren tiene un halo romántico, de misterio y de novela de viajes, salvo si lo haces en bici y tienes que negociar con el revisor para que te deje llevar dos bicis entre vagón y vagón. Mientras Shei-

la desafía la física metiendo doce bolsos en el compartimento donde viajan otras dos personas, yo encajo dos bicis con el beneplácito de un señor calvo, sonriente, y con una camisa sudada por las altas temperaturas. El primer trayecto nos deja a las 23:00 de la noche en Beyneu, estación desde la que parten los trenes a Uzbekistán. Al llegar, el andén es un hervidero de puestos de comida, tiendecitas, pasajeros con cientos de bultos que suben y bajan de los vagones. Nuestro tren sale a las 4:00 de la madrugada y no queda otra que tumbarse en el suelo y sobrevivir a los mosquitos hasta que las vías tiemblan y un tren azul donde pone Mangistau, ocupa todo el largo de la estación. La gente comienza a moverse, es un caos de bultos y personas, parece una frontera de contrabando. Las prisas no son necesarias, varios militares se reparten por los vagones y ocupan uno de los compartimentos donde sellan los pasaportes. Todos los pasajeros han echado para hacer los trámites acaban en el nuestro y durante ese rato, parecemos el camarote de los hermanos Marx. Dos horas más tarde salimos hacia la frontera, caemos de puro cansancio y sin tiempo para llegar a la fase rem, el revisor nos despierta, son las 6:00 de la maña-

na y toca el mismo protocolo, pero con la policía uzbeca. Superamos el trámite a cambio de tener que romper el dron. No vale de nada lamentarse, queda mucho proyecto y la indignación se pierde con el traqueteo. Diez horas de una llanura desértica que sobrecoge de mirarla. A las veinticuatro horas de haber tomado el primer tren bajamos en Nukus, estamos felices.

Uzbekistán es un país con un 80% del territorio desértico y estepario, nuestra ruta sigue los ríos que significan la barrera entre la vida y la muerte. Uzbekistán es historia, ciudades con dos mil años de antigüedad, Jiva, Bujara, Samarcanda, centros culturales y puntos estratégicos de la ruta de la seda. Las madrasas (escuelas coránicas), las mezquitas con sus cúpulas turquesa, se mezclan con los edificios actuales. Pedaleamos por carreteras secun-

darias que parecen alfombras mal tiradas, arrugadas en los bordes, con agujeros y grietas, sin arcén y mucho tráfico, con lo que mucha parte del tiempo nuestros ojos se olvidan de fijar el paisaje y sólo miramos el asfalto. Casi todos los coches son Chevrolet, la reina es una furgoneta de juguete que es la dueña de la carretera. Se detienen a cada rato para subir y bajar gente que espera en el arcén. Los arcenes son vida, puestos de fruta, hornos de adobe donde cocinan las somsas (empanadas de carne) o el pan, gente caminando y muchos en bici, meses sin verlas y aquí las hemos visto todas. Con lo que saludamos todo el tiempo y nos devuelven sonrisas más grandes que el rostro. Los coches quieren su ración de salud y pitan, sacan los brazos por la ventana. La comida es sabrosa y barata, el palov (plato de arroz con verduras y carne), shashlik (pinchos de carne), Barak (sopas), todo es delicioso. Comemos en plataformas elevadas donde te descalzas y comes sentado sobre cojines. Uzbekistán es generosidad, todos los días alguien nos ha regalado bebida o comida, incluso es el primero de todos los países que al contarles el proyecto nos han dado dinero para apoyarlo. Uzbekistán es todo eso,

pero sobre todo es hospitalidad.

Todas nuestras acampadas han terminado en casa de alguna persona que nos ofrece su espacio para refugiarnos, por ejemplo la de Assad, Judai o Saq. La más bonita fue la última, a veces el azar está trazado con un hilo rojo hasta donde tienes que parar. De los cientos de ultramarinos donde venden de todo, la brújula de la intuición nos paró en la tienda de Gulnora. Al preguntarles un lugar para acampar, Farangiz, la nieta sale corriendo y viene con el abuelo, Otoqul y su madre, Mahliyo, nos ofrecen su casa, su tiempo y se convierte a pesar de la barrera idiomática en una noche en familia. Ordeñamos la vaca, cenamos, bailamos, conversamos, reímos. En menos de un día se crea un vínculo que te duele hasta la lágrima al despedirnos. Quien sabe si volveremos a verlos otra vez en la vida, pero lo que es seguro es que los recordaremos siempre. Esa es la Uzbekistán que hemos vivido hasta llegar a Samarcanda y con la que cerramos este artículo. 75 etapas y 5.000km en una ciudad de leyenda. Es la antesala del primer proyecto, a una semana de conocer el hospital que estamos arreglando y con la energía rebotante de las experiencias vividas. ●

PARA SABER MÁS

Si queréis seguir este viaje solidario podéis hacerlo en rumbosolidados.com.

Para colaborar y conocer todos los proyectos que hemos hecho podéis entrar en yoslocuento.org